

# INSATISFACCIÓN

POR MIGUEL MOLINA

Creo, con Ortega y Gasset, que lo que más vale en el hombre es su capacidad de insatisfacción. No existe nada que colme indefinidamente sus apetencias, y precisamente por ello, es el único ser viviente que ha podido modificar las condiciones de su existencia desde estadios inferiores hasta la realidad presente.

Sin embargo esta cualidad no se le ha dado incondicionalmente y sin restricciones. Su precio lo paga en inquietudes e incomodidades permanentes; sus conquistas tienen otra faz de inusitados peligros y complicaciones. Más, pese a ésto, no puede sustraerse a esa especie de fuerza oculta y subterránea que le arrastra, haciéndole irrespirable y estrecho el ambiente en que se desenvuelve, hasta obligarle, en infinita sucesión, a alcanzar nuevos horizontes. Es la grandeza y servidumbre de la inteligencia.

Cierto que esta opresiva obsesión no es común ni de igual intensidad. Existen hombres conformistas, estacionarios, que solo cruzan caminos ya explorados y de posibilidades limitadas y conocidas. En ellos la cobardía reviste formas de prudencia, ante la inseguridad del resultado. Su filosofía es filosofía de masa amorfa, indiferenciada, que prefiere el pájaro en el puchero a los cien que aletean en el espacio.

Por ello la imagen del hombre satisfecho es corrosiva, ya que representa la ne-

gación de los más nobles estímulos. Pero, sobre todo, significa la carencia de ese principio básico del ser inteligente para abrirse a aires renovados de la ciencia y del pensamiento, que el inolvidable Marañón señalaba como «saber dudar». El hombre satisfecho suele encarnarse en el prototipo del pedante, cuya miopía le impide ver más allá de sus narices; su sapiencia consiste en dogmatizar con cuatro ajados conceptos, casi siempre ya superados. A esta especie pertenecían aquellos que obligaron a Galileo a abjurar de su creencia de que la tierra se movía. El hecho es por demás expresivo y revelador.

Esta palanca del saber dudar y de no estar satisfechos; esta peculiaridad de buscar inéditos cauces y problemas a la sabiduría e ideas heredadas, cuidando de no considerarlas inmovibles, es lo que permitió a Einstein encontrar una nueva concepción del mundo físico; la que hizo construir el edificio más perfecto de la mente humana, la matemática, desde el milenario balbuceo egipcio hasta la mágica geometría no euclidiana; la que hizo que el hombre, cuya aptitud para crear algo de la nada es nula, pudiera, en cambio, crear utilidad en las cosas, como expresó muy bien Stuart Mill, dando así satisfacción a las necesidades de un mundo en crecimiento.

La variedad con que puede manifestarse esta insatisfac-

ción es tan ilimitada, como diversas son las formas de que puede valerse quien, en posesión del genio suficiente, pretende singularizarse para así poder entregarnos su aportación a la cultura, a la ciencia o a la ideología presente. De ahí que tengamos la obligación de respetar los actos e ideas ajenos, en tanto no sean agresión física o coacción intelectual a otros seres. Si recordamos las extravagancias de que fué capaz, en sus primeros tiempos, un hombre tan equilibrado y exquisito como Azorín, para hacerse de una notoriedad que le creara el clima propicio a su mensaje, no debe extrañarnos hechos semejantes, ni debemos juzgarlos con ligereza; tanto más cuando a cada instante recibimos llamadas a nuestra atención para decirnos que la sopa tal es más nutritiva, o que debemos calmar la sed con la bebida X.

Tengo la firme convicción de que nada es supérfluo, excepto la miseria, en nuestro mundo. Todo tiene una misión específica, un valor determinado y eficaz. Lo mismo que el llamativo e «inútil» colorido de la flor tiene por último y oculto objetivo la perpetuación de su especie, también muchas aparentemente innecesarias y absurdas acciones humanas pueden ser, aunque aún no lo entendamos, incentivos o influencias que por su carácter positivo o negativo, configuren y delimiten el contorno de una nueva forma de vivir, de ser y de pensar más perfectas.

